



## **FIESTA DE NTRA. SRA. DE GUADALUPE**

**Homilía del Sr. Arzobispo de Toledo**

**Real Monasterio de Guadalupe (Cáceres)**

**8 de Septiembre de 2017**

Celebramos el nacimiento de la bienaventurada Virgen María. De Ella ha nacido quien es la vida de todos nosotros, cristianos venidos de tantos sitios de Extremadura y de muchos otros lugares en el día grande de su fiesta. Hoy ha nacido la Virgen de quien ha querido nacer el que es la salvación de todos, a fin de que aquellos que nacieron para morir (todos nosotros) pudiéramos renacer a la vida. Hoy ha nacido nuestra nueva Madre, la que ha aniquilado la maldición de Eva, nuestra primera madre. Sí, Ella es verdaderamente una madre nueva que ha rejuvenecido a los hijos envejecidos por su pecado; que ha curado el mal de un envejecimiento hereditario, así como todas las demás formas de envejecimiento que se habían añadido. Sí, Ella es una nueva Madre, Ella que, permaneciendo Virgen, ha dado a luz a un prodigio tan nuevo, pues, aunque parezca increíble, Ella ha dado la vida a Aquel que ha creado el mundo.

Siempre se nos olvida que Jesús es hombre, que siendo Hijo de Dios ha entrado en nuestro mundo, en nuestras cosas, en nuestra experiencia del tiempo, del dolor, de la injusticia, que sabe qué es una amistad, una puesta de sol, caminar por el Mar de Galilea, que ha visto morir fidelidades, pero también a vecinos y amigos, al mismo san José; que ha soñado con cambiar el mundo, pero de verdad, que ha invitado a seguirle, que puso una escuela para hacer discípulos, pero que no estaba en esta o aquella calle de Cafarnaúm, sino en la calle, en plazas y caminos. Que no le ha importado que le llamaran Maestro, pero de otras ciencias y conocimientos. Tampoco tenemos muy en cuenta que Jesús tuvo una Madre, que pertenecía a una familia concreta, y tuvo sus padres que la tradición cristiana ha puesto nombre: Joaquín y Ana. Ellos, cuando nació María, su hija, han entrado de lleno en la historia de la salvación de la humanidad.

La primera lectura, pues, es normal que alabe el lugar, Belén Efratá, donde la Madre dio a luz el que había de gobernar Israel, el que pastoreará con la fuerza del Señor, de manera tan distinta de otras formas de pastorear y gobernar. Dará a luz al que será la paz. Cuando nosotros hoy miramos a la imagen de Nuestra Madre aquí en Guadalupe, no debemos hacerlo como si María no formara parte del designio de salvación de Dios Trino que, desde la eternidad, ha pensado en nosotros y ha creado un pueblo, Israel, con quien ha hecho alianza, un pacto de amor. En ese Pueblo y en esa historia está Santa María, dando lugar, porque ha aceptado ser la Madre, al nacimiento de nuestro Señor Jesucristo. La Madre del Señor no es una diosa independiente, que nada tuviera que ver con nuestras cosas, que nada tuviera que ver con el Dios Uno y Trino, con Jesús, Hijo de Dios e Hijo del Hombre.

Solo en este conjunto entendemos que vengamos a saludar a la Virgen en Guadalupe, a rezarla, a pedirle tantas cosas. Es natural: el la Madre del Señor, la Madre de Dios, la Reina de la Hispanidad, que está en el corazón de los extremeños en esta bella sierra de los Ibores y Las Viñueras. Sería bueno que todos le pidiéramos hoy al Señor por su intercesión que sintamos muy dentro que a los que aman a Dios todo les sirve para el bien; que no es bueno alejarse de Dios, que es nuestro fundamento; que la vida cristiana trae la felicidad y no el egoísmo y olvidar a los demás, sobre todo a los más pobres; que no dejemos de luchar por la paz y la justicia, que no creamos nunca que el terrorismo mata por razones religiosas: hay otras razones políticas de los señores de la guerra; que es mejor dar que recibir, por ello deseamos que el amor y la solidaridad sean más fuertes en España en toda su geografía que separaciones estériles.

Santa María de Guadalupe entiende muy bien y atenderá sin duda cuando le pedimos que nos sintamos miembros de la Iglesia, porque nuestro Hermano Mayor, Jesucristo, es el Primogénito, el primero entre muchos hermanos, que nos predestinó, nos llamó y nos justificó por la sangre y la resurrección del Hijo de Dios. Y nos glorificará. Nuestra vida no se desarrolla únicamente aquí, en los pocos años que vivimos; está abierta a la eternidad, y por eso luchamos por una vida más digna, más de Dios, más humana, en definitiva, en la que ya influye la gracia de Señor, la que recibimos en el Bautismo y la Confirmación y se aumenta cuando recibimos a Jesús en la Eucaristía, perdonados nuestros pecados por la Reconciliación por el servicio ministerial de los Obispos y los sacerdotes.

¡Qué bien conocer el origen de Jesucristo, y el origen de su familia humana, que es la nuestra, desde Abrahán, Isaac y Jacob, con sus descendientes, hasta llegar a José, el esposo de la Virgen! Esposo de verdad, con un amor total a su esposa María, aunque de él no nació Jesús, llamado Cristo, sino de María. Y san Mateo nos explica cómo fue esa generación del Hijo de María: del Espíritu Santo. Y no de otra manera. Porque Ella, su Madre estaba prometida en matrimonio con José, el Justo, ya desposada o prometida de verdad con él, pero no vivían juntos. Antes de vivir juntos, “resultó que ella esperaba un hijo por obra de Espíritu Santo”. No de otro modo, aunque en ocasiones no seamos capaces de entender tamaño y precioso misterio. Ante la duda de su esposo José, no de que ella le hubiera sido infiel, sino de competir con Dios que había elegido a su esposa, el ángel del Señor le dice que no tenga miedo de acoger a María, su mujer, pues, aunque la criatura que hay en ella viene del Espíritu Santo, José tiene algo grande, muy grande, que hacer: ponerle el nombre a Jesús, el Salvador, porque es José hijo de David. Así es como ha querido el Padre de los cielos que llegar a nosotros su Hijo, el *Emmanuel*, Dios para siempre con nosotros.

“¡Qué novedad más maravillosa es esta virginidad fecunda! Pero todavía más maravillosa es la novedad del fruto que ella da al mundo. ¿Te preguntas cómo una virgen ha dado a luz al Salvador? Pues igual que la flor de la viña propaga su perfume. Mucho tiempo antes del nacimiento de María, el Espíritu que había de habitarla dice en su nombre: *Igual que la viña, yo he producido un dulce olor*. Así como la flor no se altera por el hecho de propagar su perfume, así tampoco a pureza de María lo hace por haber dado fruto: el Salvador” (Beato Guerrico de Igny, *Sermón 2 para la Natividad de María*).

+Braulio Rodríguez Plaza, arzobispo de Toledo

Primado de España